

Pierre Ansart

Sociología del discurso político. Sociología de los conflictos

La sociología del discurso político formula al centro de sus investigaciones una interrogación: su ambición —o su pretensión— es, en efecto, averiguar la relación inagotable entre el discurso y la acción en el caso particular de los significantes políticos y de todas las formas de la praxis social. Cuestión que remite tanto a la observación sociológica como a la filosofía política, porque la sociología no podría abandonar ni recusar el interrogante filosófico, aunque tienda a formularlo en sus propios términos.

La respuesta general según la que toda acción política es a la vez de significación y de práctica, sentido y realidad, no es sino el punto de partida de esta reflexión, puesto que se trata de investigar dicha implicación del sentido en el punto en que es más ambiguo. Lo propio de ese discurso es precisamente sostener relaciones multiformes con la acción, lo cual sirve, por ejemplo, para facilitar la acción política legitimándola, para realizar objetivos distintos a los ideales proclamados o para substituir todas sus decisiones. Lo que una sociología del discurso trata de abarcar en el marco de una sociología de las ideologías es ya esta ambigüedad esencial, ese punto muerto, ya un discurso que no es un saber demostrable, pero que se da por real; discurso que al mezclar el conocimiento y la falta de él, puede tener sus implicaciones, sus consecuencias particulares e intervenir en la historia como una de las modificaciones inevitables de la práctica política.

El objeto de semejante sociología del discurso no sería, como se ha pensado mucho tiempo, abarcar el modo de determinación de la ideología¹ sino investigar las diversas modalidades de las relaciones entre el discurso y la acción, no sin señalar, en el curso de la investigación, las premisas dualistas de este asunto. Una sociología general del discurso político tampoco prescinde, desde su creación, de reformular y enriquecer sus hipótesis, atendiendo a esas formulaciones iniciales que permiten recomponer relaciones tan pertinentes como sea posible.

Quisiera subrayar aquí la fecundidad heurística de la hipótesis general que coloca en el centro del análisis de las ideologías y del discurso político la noción de *conflicto*, de dinámica conflictual, y tratar de interpretar las prácticas discursivas como una de las modalidades de los conflictos y simultáneamente, como una respuesta creadora para los conflictos sociales. El riesgo de un modelo racional que interroga las relaciones entre discurso y práctica política es, desde luego, reconstituir la dualidad de lo simbólico y de la praxis, ya que precisamente es el discurso político uno de los lugares donde esta dualidad es más problemática. Al colocar en el centro de la sociología de las ideologías el conflicto en sus múltiples formas, uno se prepara no sólo a multiplicar las implicaciones entre los conflictos discursivos y los sociopolíticos, sino más bien a sobrepasar el modelo dualista para señalar la especificidad de las prácticas políticas en las que culmina la falta de distinción entre el sentido y la práctica sentida.

Esta práctica es —advertámoslo— la que los fundadores de

la sociología de las ideologías han retenido entre sus principios esenciales. Cuando Proudhon caracterizó “la idea” burguesa y esbozó de ella una interpretación genética, fue refiriéndola directamente al conflicto de la burguesía y sus legistas contra el régimen feudal; en cuanto a las clases obreras, es justamente en el seno del conflicto socioeconómico entre capital y trabajo donde percibió la constitución de “la idea” obrera, expresión y sistematización de la conciencia de clase.² Los análisis históricos de Marx precisan, en particular, diferentes modalidades de los conflictos por las diferentes modalidades de las prácticas ideológicas. Se ve, por ejemplo, que los conflictos revolucionarios dan lugar a una intensificación de la práctica ideológica, hasta el punto de que en la revolución de 1848, son las ilusiones y los conflictos los que orientan el curso de la historia y constituyen la verdadera clave de la dinámica social. Habría que señalar, pues, sus diversas formas, distinguir esos períodos silenciosos de la historia en que las contradicciones económicas están determinadas por ellos, cualesquiera que sean los prestigios de la fraseología, y esos períodos intensos en que las clases experimentan en pocos días una evolución que en otras épocas habría tomado años, y en que la práctica política se confunde —o casi— con las prácticas ideológicas. Ese sería también el momento en que la fraseología, con lo que implica de ilusión y alienación, tendería a desaparecer en el seno de la práctica proletaria para dejar sitio, a través de la sucesión de fracasos y desilusiones, a la adecuación de la acción y del proyecto revolucionario.³

Marx invita a investigar las ideologías como lugar esencialmente conflictivo y como lugar de transposición de los conflictos sociales; también propone que se pluralicen los tipos de los conflictos y la naturaleza misma de las prácticas ideológicas. *La ideología alemana* nos lleva a repensar los sentidos ideológicos como tantos otros aparatos de dominación comprometidos en el conflicto de las clases sociales; las obras históricas y particularmente los análisis de las revoluciones conducen a multiplicar dicha interpretación y a mostrar cómo las luchas ideológicas se articulan con los conflictos políticos y participan en su desarrollo para radicalizarlos, desplazarlos o inhibirlos.

Esta hipótesis general, la de la articulación con figuras múltiples entre los conflictos sociopolíticos y las luchas ideológicas, es la que trato de desarrollar aquí.

La hipótesis encuentra su ilustración más directa en las situaciones de enfrentamiento y de revuelta —esos momentos de excepcional creatividad ideológica—. El enfoque estructuralista —por fecundo que sea para profundizar las relaciones formales entre las estructuras simbólicas y las estructuras sociales—, difícilmente da cuenta de esas innovaciones y movimientos en el curso de los cuáles se reúnen y se difunden los elementos de una nueva interpretación globalizante y práctica. La hipótesis conflictualista, si no da respuesta exhaustiva a ese problema, compromete en una dirección más o menos propicia para esclarecer esos aspectos principales; sugiere investigar no una

Pierre Ansart, profesor de filosofía en París, es autor de una decena de libros que giran alrededor de Marx, Proudhon, Saint-Simon, etc. Esta es una ponencia que sostuvo en el “Seminario Internacional sobre el discurso político, teórico y analítico” organizado por la Coordinación de Humanidades, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. En coedición con la Editorial Nueva Imagen, la Universidad publicará próximamente un libro que recoge tales ponencias y las discusiones a que dieron origen.

causa que sería un conflicto anterior y ya organizado, sino una situación de contradicción, de tensión, en que los antiguos discursos y creencias tienden a perder su peso.

Uno se siente tentado de evitar esos problemas y hacer el balance de los cambios sobrevenidos en las relaciones económicas y sociales, dando a esos cambios por suficientemente explicativos de las mutaciones discursivas. Esos análisis conservan toda su validez; incesantemente se comprueba cómo las transformaciones concretas en las relaciones sociales permiten comprender, en parte, las mutaciones y la creatividad al nivel de las representaciones ideológicas. Pero falta subrayar cómo la invención ideológica trabaja para modificar las condiciones mismas del conflicto.

La distinción entre lo imaginario político y la ideología puede servir para esclarecer esta nueva creatividad que despliegan los intelectuales "orgánicos" para sistematizar lo imaginario social y conformarlo más a las exigencias del conflicto. Es cierto que ni Locke ni Proudhon ni Marx son los creadores de las condiciones sociopolíticas del conflicto en el cual están comprometidos; tampoco son creadores de las múltiples actitudes y expresiones de oposición al régimen establecido del que se van a convertir en teóricos. Todo lo contrario: quieren retomar las instituciones centrales de lo imaginario social (la utopía) la oposición al poder absoluto, la revuelta contra la explotación económica. Retoman al mismo tiempo las grandes líneas de la construcción cognitiva, la intensidad emocional y los objetivos generales. Pero esta revuelta imaginaria no posee sino una unidad muy limitada y sus múltiples direcciones no encuentran una homogeneidad más que dentro del rechazo común al régimen establecido. El trabajo de la ideología se sitúa en este punto para tratar de dar al movimiento, mediante una elaboración sistemática, el refuerzo de los medios susceptibles de sostener el conflicto.

Si admitimos que la visibilidad, el contacto y la rivalidad son las condiciones mínimas de probabilidad del conflicto, y que el reforzamiento de la diferenciación entre los grupos, la rapidez del cambio y la generalización de las tensiones son los factores favorables al ahondamiento del conflicto, comprobaremos que la elaboración sistemática va a intervenir sobre cada una de esas condiciones facilitantes.⁵ La explicación va a inducir una representación coherente y estable de las fuerzas que actúan (el derecho natural contra el despotismo, la clase obrera contra el capital) y permitirá que sean comprensibles y por lo tanto visibles las fuerzas enemigas. Ella va a poner el acento sobre el tipo de relación de opresión, de explotación, sensibilizando el contacto de las fuerzas más allá de las ambigüedades de las experiencias cotidianas; acentúa inmediatamente la diferenciación de grupos y de clases y proporciona al movimiento de revuelta los objetivos y los valores opuestos a los de las fuerzas dominantes, proporcionando simultáneamente el lenguaje y el simbolismo necesarios para la convergencia de las empresas. De la misma manera, la dramatización de la situación y la am-

plificación simbólica de lo que está en juego reforzarán la certidumbre del carácter decisivo del conflicto. Ningún aspecto de ese trabajo teórico es secundario, cada uno va a intervenir, como lo veremos más adelante, a todos los niveles de la situación.

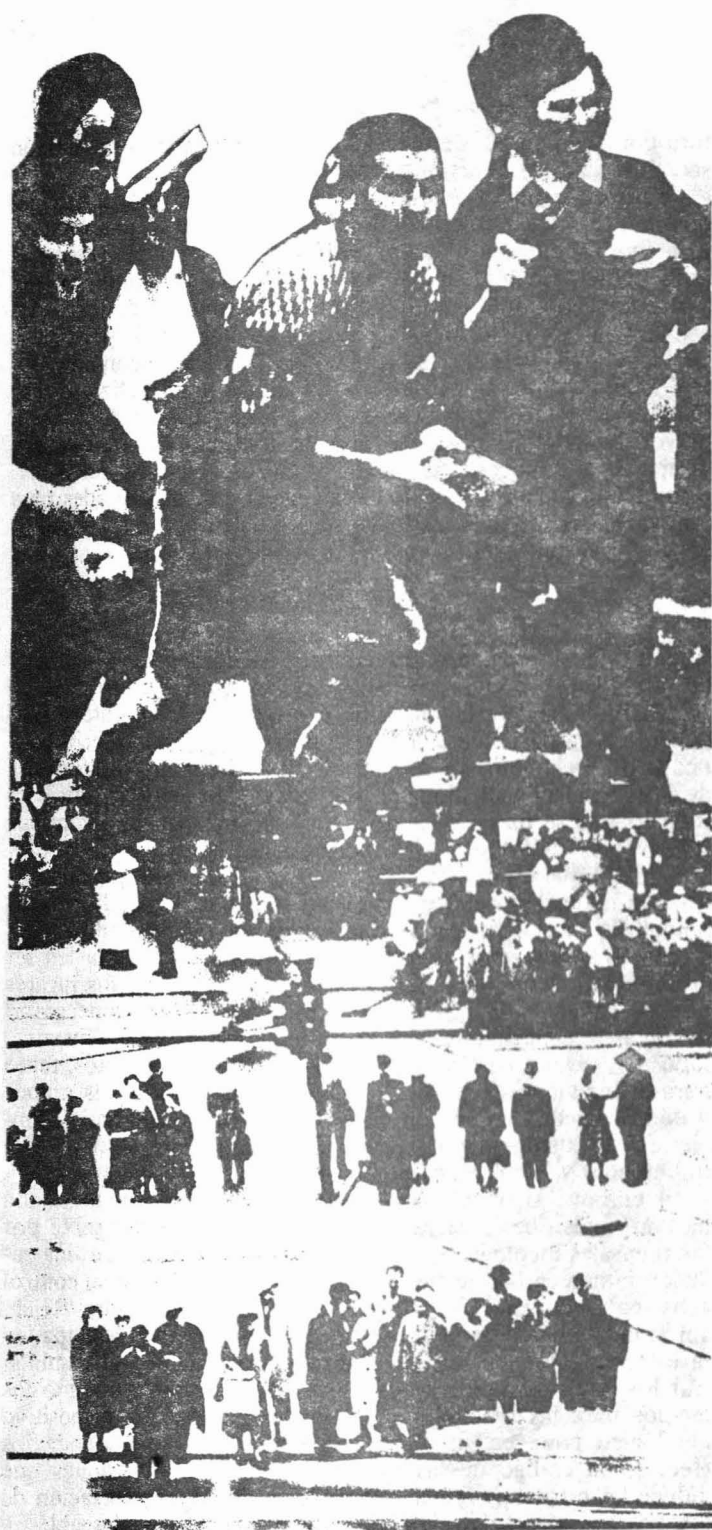
Este entrelazamiento del conflicto con el discurso, entre la organización del discurso por el conflicto y el reforzamiento del conflicto por el discurso, se comprobará mejor aún cuando excepcionalmente se llega a una elaboración sintética tras múltiples conflictos políticos y teóricos —los modelos de la acción revolucionaria. Se ve entonces, en qué medida la elaboración teórica participa en el conflicto social e interviene eficazmente para modificar su curso. Lenin fue perfectamente consciente al redactar su *¿Qué hacer?* de que no se trataba de repetir la indignación popular contra el régimen zarista, pues no se haría sino repetir aquello que proclamaban las expresiones múltiples. Pero hay otro conflicto que se desarrolla y se propone precisamente denunciar y desgarrar, bajo la cobertura de un unanimismo de oposición, a los diferentes grupos que pretenden responder del modo más adecuado al movimiento revolucionario. Lenin se compromete decididamente a evitarlo; como teórico se propone construir un verdadero razonamiento estratégico que permita la representación de los objetivos y la de los medios prácticos destinados a realizar las finalidades señaladas.

Sabemos que en efecto, a través de los múltiples incidentes y de las situaciones difíciles, el enunciado intervino, no para engendrar la organización revolucionaria conforme a un dogma sino para inspirar empresas congruentes, para profundizar las tensiones entre los diferentes líderes y señalar a su autor como el verdadero símbolo de la revolución. En ese sentido las ligas son directas y múltiples entre los conflictos y el discurso, no porque la ideología sea solamente una expresión transpuesta del conflicto sino sobre todo porque aporta el modelo de conflicto y sirve para organizar las prácticas determinantes.

La dicotomía de Manheim, en la que me he basado provisoriamente, permite pensar que la utopía sería el lenguaje del conflicto, pero que la ideología no respondería a los conflictos ni tendría como función la de participar en su gestión. Según un parecer común, la ideología estaría en primer lugar, estructurada según los lineamientos del orden social y destinada, como en otras ocasiones sucedió con el mito, a explicar y legitimar ese orden. Dentro de esa concepción, la ideología tendría como función asegurar la clausura simbólica necesaria para que se renueven las conformidades, pero sin mantener una relación determinante con los conflictos y las rupturas sociales.

Me parece que hace falta aplicar a la ideología las conclusiones que la antropología dinámica ha extraído de la observación de sociedades sin escritura. La antropología llega a poner en duda la concepción funcionalista de los sistemas simbólicos y a inquirir sobre su intervención en la reproducción de las divisiones, las jerarquías y los acaparamientos desiguales de los bienes sociales. La antropología dinámica⁶ subraya que un mito o





una religión, al explicar un orden social, señalan simultáneamente a los privilegiados y a los no privilegiados, a los clanes superiores y a los clanes inferiores, los roles* masculinos y los femeninos, así como las normas de la subordinación. El sistema simbólico legitima y unifica; pero unifica al dividir y fijar las reglas y las prohibiciones.

Estas conclusiones resultan particularmente relevantes si las aplicamos a las ideologías políticas modernas. La ideología dominante indica de manera más clara y más explícita el sentido de la vida común el establecer un rol para cada quien y una identidad social, y al señalar las razones de las divisiones y las desigualdades. Sin duda una ideología puede parecer discreta en este punto y centrar todo su discurso sobre la excelencia de un sistema político; mas no por eso las conclusiones resultan menos precisas. J. Locke habló poco de la subordinación de los no propietarios; pero dijo lo suficiente como para marcar la distancia entre los detentadores y los no detentadores de los bienes económicos, así como para legitimar la perenidad de esa división. Bossuet concentró su atención sobre la legitimación del poder monárquico y dijo lo suficiente como para que quedaran legitimadas las jerarquías políticas y religiosas, así como señalado el lugar del pobre con su necesaria sumisión.

Si la ideología no fuera más que el comentario inocente del sistema social y de sus distribuciones, habría que sorprenderse de los esfuerzos que continuamente se hacen para reproducirla e inculcarla, para renovarla en función de las coyunturas y para imponerla en particular sobre aquellas clases consideradas como indiferentes a su prestigio. Más aún que las sociedades tradicionales, las sociedades históricas enfrentan el problema de su transformación, del peligro para su integración y de sus contradicciones. La renovación de las ideologías —imposible de alcanzar—, los constantes esfuerzos de los aparatos por inculcar sus mensajes, se aclaran por sus objetivos: asegurar el consenso (porque no está asegurado) y convencer a las clases dominadas de la excelencia de los objetivos comunes (porque corren el riesgo de dudar). En las situaciones históricas, el esfuerzo por renovar el *stock*** de los mensajes conformados ha respondido cronológicamente a un conflicto visible y las autoridades se han encargado, después de utilizar la violencia, de recordar las razones justas para la obediencia. Pero esas situaciones no son más que ejemplos. De manera más profunda, el sistema de desigualdad comporta permanentemente las potencialidades de conflicto en las múltiples formas de revuelta o de insurrección, y también de indiferencia y apatía. Tomaremos con más seriedad el esfuerzo permanente que hacen los ideólogos y todos los aparatos comprometidos en la reproducción de los mensajes conformados, si consideramos que el orden social no está amenazado sólo por conflictos abiertos sino a diario, por formas de oposición en gestación donde la coyun-

* Así en el original (N. del T.).

** Inglés en el original (N. del T.).



tura pone en peligro, de manera permanente, a la reproducción social de las jerarquías impuestas.

Se puede formular como hipótesis que una ideología de clase dominante o una burocracia dominante consituyen una respuesta activa y continua a las amenazas latentes en el sistema de desigualdad. En aquellas sociedades donde los conflictos podrían renacer en todo momento por la distribución de los bienes económicos, de los bienes de poder, de los bienes de prestigio o por las finalidades de las decisiones políticas, económicas y militares, así como por los medios y ritmos para realizar dichos objetivos, las ideologías dominantes necesitan inculcarse con el mayor cuidado. El nivel mínimo de conflicto, la indiferencia, la apatía, el retroceso en relación con los objetivos del poder, resulta una amenaza que las sociedades con dificultades para renovarse activando sociedades sólo pueden contrarrestar activando hasta un nivel suficiente la movilidad social.

La cuestión se plantea, pues, sobre el modo de intervención de las ideologías en esos conflictos potenciales, puesto que las fuerzas dominantes disponen de otras respuestas frente a esos peligros y en particular, la fuerza pública. La experiencia política provee ejemplos de esfuerzos considerables y multiformes de la propaganda ideológica, que sugiere de manera suficiente todo lo que se ha conseguido con esos trabajos para reprimir los posibles conflictos y desviar las energías que los provocan.

Aquello que diferencia la ideología política en tanto que institución de cualquiera otra actividad social, es sin duda la posibilidad de hacerse presente en todas las actividades individuales o colectivas. Sabemos que los signos y los símbolos pueden ser difundidos indefinidamente, repetidos, expuestos en los lugares públicos, renovados en cada hogar, imitados; pero es necesario subrayar la capacidad del mensaje ideológico para intervenir a todos los niveles en los que puedan surgir los conflictos, tanto para el individuo en particular como en el seno de los grupos o de la sociedad en su conjunto. Esta capacidad singular convierte a la ideología política en el medio privilegiado para el tratamiento y la prevención de los conflictos.

El enfoque psicoanalítico ha mostrado que el sujeto estaba bastante más que "interpelado" como sujeto responsable por los mensajes ideológicos, y más bien comprometido en una relación íntima en la que ciertas dimensiones escapan a su control consciente. Podemos seguir en este punto a Wilhelm Reich, ahí donde plantea que la institución ideológica participa en la estructuración de los inconscientes individuales al suministrar los modelos de identificación y de represión, así como los medios para las fijaciones y las prohibiciones.⁸ El dispositivo ideológico pone en su lugar una estructura dinámica de los efectos, un código de las proyecciones y las represiones que induce las estructuraciones individuales. Por la organización de los valores, por la designación de los objetivos deseables y





de los objetos a aborrecer, por su juego de metáforas en que se invierte el deseo, la ideología suministra al sujeto los medios de una organización dinámica de los impulsos. Así pues, podemos encontrar en la socialización política una respuesta a sus expectativas y un modo de resolución a sus conflictos. Cuando la "civilización" y las limitaciones objetivas imponen múltiples restricciones al deseo individual, la ideología puede suministrar las satisfacciones sustitutivas y ejercer funciones que podríamos calificar de terapéuticas. Por la organización lógica que aporta a los objetos de amor y de odio, proporciona una clave de respuesta al conflicto fundamental de los impulsos. Frente a problema de impulsos, presenta los modelos prácticos de transferencia y repulsión, movilizándolo y organizando aquéllos que corresponden a la libido y a la muerte. La conformación de los afectos que se opera aquí no es un obstáculo para la intensidad de las fijaciones de objetivos, puesto que de lo contrario la intensidad de una represión estará en concordancia con la liberación de los efectos sobre los ideales colectivos.⁹

De la misma manera, en la organización del yo la ideología interviene como agente de estructuración al suministrar los polos de identificación y por lo tanto reducir los problemas y las tensiones que se dan en las crisis de identidad. En ese conflicto, la ideología no solamente aporta una respuesta sino una solución "exaltadora" al señalar al sujeto como portador de los más altos valores. La ideología puede así actuar como reductora de angustia al dar al sujeto una imagen valorizante y una estimación ilimitada de sí mismo, gracias a la coherencia simbólica entre sus profesiones de fe y los valores reconocidos. Por la adhesión ferviente, el sujeto se idealiza a sí mismo al tiempo que se conforma a los ideales de su grupo de referencia. Podríamos igualmente aplicar a las adhesiones ideológicas aquella observación de Freud: un ideal colectivo puede evitar al sujeto el costo de una neurosis individual;¹⁰ y en efecto, la ideología funciona aquí como una respuesta a los conflictos individuales y como modo colectivo para su resolución.

Precisa hacer estas observaciones de un orden totalmente distinto sobre el sujeto de las relaciones en el seno de los grupos, para llegar también a la conclusión sobre la eficacia del discurso común en la resolución de los conflictos y en la inhibición de su posibilidad. Al integrar dinámicamente al sujeto en lo social, la ideología interviene en la regulación de todas las prácticas interindividuales. Ella proporciona a todos los miembros una representación homogeneizante y tipificante del prójimo; permite identificar al otro y percibirlo como semejante puesto que se adhiere a los mismos valores. La ideología suministra las disposiciones evaluativas homogéneas, anteriores a las experiencias particulares, las expectativas recíprocas que facilitan el establecimiento y la renovación de los intercambios. Al inculcar las mismas actitudes y convicciones y los mismos objetos de interés, se introduce como un agente de facilitación de la vitalidad social; al comunicar un código colectivo de

interacción, rebasa por adelantado las dudas y las agresividades que se relacionan con la percepción de las diferencias. En caso de una amenaza de conflicto muy presionante, el recurso a la ideología, el llamado a los principios y eventualmente el recurso a la autoridad reconocida como detentadora del discurso legítimo, permitirán la inhibición de las posibilidades conflictivas. Como bien lo demuestran las investigaciones experimentales,¹¹ la adhesión a una misma autoridad ideológica elimina los riesgos de enfrentamiento. Se puede ver que esas observaciones valen también para las relaciones en el seno de las actividades de producción, en las que la ideología interviene para homogeneizar las orientaciones, facilitar los intercambios y la aceptación de las restricciones. Los esquemas tradicionales que separan el campo económico del campo político no pueden sostenerse; la ideología es precisamente el instrumento por el cual un modo de control de los conflictos a nivel político puede intervenir de manera continua en el control de los conflictos económicos.

El papel de la ideología en el tratamiento de los conflictos no es menos decisivo al nivel de la sociedad en su conjunto, y generalmente en este aspecto se le subraya. Marx señaló con razón que una ideología dominante se articula con la división fundamental de la sociedad en clases rivales y que tiende fundamentalmente a desviar las posibilidades de conflicto entre las clases. Al legitimar las diferencias y aumentar los objetivos comunes, la clase dominante no cesa de renovar los medios simbólicos para la desviación e inhibición de los conflictos. Lo mismo sucede con la ideología común, puesto que sirve para conformar a los sujetos en el seno de las instituciones y constituye un recurso privilegiado para solucionar los conflictos entre las instituciones.

La intervención de la ideología política puede asumir formas muy diversas. En un régimen ideológico definido por alguna ortodoxia, la inhibición del conflicto está asegurada por la apelación permanente, implícita o explícita, a la autoridad reconocida o temida; pero en un régimen pluralista, la reabsorción del conflicto o su canalización dentro de límites precisos sólo estará asegurada por el respaldo de la mayoría a las instancias del arbitraje y por el respeto a las reglas del juego. El nivel de los enfrentamientos no por eso será menos fuerte; pero durará tanto tiempo como para dejar suficientemente impuesta la ideología del pluralismo.

Si aplicamos las anteriores observaciones generales a la situación contemporánea, tendríamos que subrayar la cuestión de la conservación y la renovación de las ideologías políticas. Sin llegar a las coyunturas específicas que pudieran explicar la formación de las ideologías provisionales, se reproducen las razones profundas de esa renovación, es decir los conflictos y las posibilidades de conflicto a las que ellas responden.

Pensemos solamente en tres dimensiones de los cambios sociales contemporáneos: la industrialización, la ampliación de las instituciones colectivas y el reforzamiento de los Estados-Naciones. De necesidad, esos cambios suscitan múltiples tensiones y contradicciones a las que enfrentan las tentativas de integración o de imposición simbólica.

La violencia de la acumulación primitiva que Marx describió para las poblaciones rurales de Europa se renueva actualmente en África y en Asia, multiplicando las tensiones, los problemas y las frustraciones; lo mismo sucede respecto a la ilegalidad de la cual describe la génesis en el capitalismo del siglo XIX. Desde que los campesinos fueron arrancados de sus comunidades tradicionales y transformados en fuerza de trabajo industrial, constituyen una clase consciente de sus posibilidades y particularmente esclarecida respecto a la explotación de que son víctimas. Esta situación de conflicto es, como bien se sabe, la más propicia para el surgimiento de ideologías defensivas y combativas y para la aparición de líderes populares que se encargan de unificar las reivindicaciones en una interpretación coherente y en una estrategia ofensiva.

En las sociedades industriales llamadas desarrolladas, los nuevos conflictos que surgen se sostienen sobre las finalidades de la industrialización. La ruptura se opera ahí donde la "ampliación" y el "desarrollo industrial" dejan de ser considerados como valores evidentes y dan lugar al surgimiento de presiones, revueltas y movimientos sociales tendientes a contrarrestar la elección de los dirigentes industriales.

Así como esta postura es considerable y la ideología resulta productivista, también la ideología del consumidor responde con la obstinación y la compulsividad que conocemos. La ideología productivista, al exaltar los productos del trabajo, la conquista racional de la naturaleza, el aporte de las ciencias y las técnicas; al restituir su dignidad al trabajador, puede combatir con eficacia las potencialidades de resistencia. La racionalidad aparente de la ideología de la producción constituye un excelente instrumento persuasivo en manos de los dirigentes industriales, burguesías nacionales, jefes de empresas y tecnócratas que se pueden presentar como los servidores discretos y eficaces de intereses universales. Más directamente, pero no por eso menos eficacia, la ideología del consumismo, sin dejar de renovarse continuamente a través de la publicidad y al sugerir la felicidad de aquel que consume, conlleva la condena a los comportamientos que discuten los beneficios de la industrialización.

La segunda dimensión que quisiéramos subrayar y que suscita los conflictos menos aprentes, estriba en la continua ampliación de las instituciones y las burocracias. Esta evolución marca el paso de las integraciones locales (familiares, rurales, urbanas) a una integración en los sistemas extendidos a nivel regional o nacional. A los sistemas de fuerte integración en los grupos primarios y de débil integración a nivel global, sigue-





ron los sistemas sociales de integración universal en los que todas las comunidades y todos los individuos son susceptibles de ser movilizados y controlados por las instancias superiores. Esta gigantesca transformación por la que se destruyen las viejas solidaridades, se arranca a los individuos de su inserción y sus valores, y se les obliga a tomar un lugar dentro de una red protectora más vasta, pero más abstracta, creó una situación llena de tensiones. La desintegración de las solidaridades anteriores dio lugar a una situación de vacío social, de anomia eminentemente generadora de opositores.

Las respuestas a esas potencialidades de conflicto revisten las formas y las expresiones más diversas; pero tienen en común el hecho de aspirar a la conformación movilizadora de los sometidos. Las instituciones, lo mismo que el nuevo sistema de integración social que las engloba, no exigen la docilidad pasiva sino más bien la participación activa, pero al mismo tiempo disciplinada de todos. En cualquier forma que revista, esa ideología de la participación activa y "responsable" debe conciliar el requerimiento de energías con su dirección estrechamente normativa y su extorsión. Los partidos políticos, las instituciones y los aparatos burocráticos están comprometidos en ese esfuerzo que consiste en obtener la movilización de las energías y su desviación de comportamiento de escape o de indiferencia. Las imágenes plenamente positivas del militante, del soldado-ciudadano, del líder querido, vienen a normar los comportamientos, a señalar a los sometidos dignos de alabanza a condenar a los indiferentes.

La tercera dimensión, ya mencionada, es la del reforzamiento de los Estados-Naciones. Este proceso seguramente no es nuevo: desde antes del siglo XIX la ideología nacional vino a contrarrestar las particularidades y los regionalismos. Pero es necesario aclarar que hoy en día, la nacionalización de las sociedades impone nuevas limitaciones y el riesgo de encontrarse con oposiciones renovadas. Además, el Estado aumenta sus poderes económicos y se convierte en el dirigente central de la vida productiva, amén de asumir la labor que anteriormente correspondía a los inversionistas, con lo que se arriesga a entrar en conflicto tanto con los productores como con los consumidores, latente se hace el riesgo de una nueva lucha de clases entre el conjunto de los productores y el de los consumidores, y el conjunto de los aparatos de Estado. Ese riesgo es, por añadidura, mayor puesto que el Estado central exige de subordinados mucho más de lo que exigía el príncipe y las clases poseedoras que no extorsionaban sino a la fuerza de trabajo; el Estado, en cambio, exige gran parte de los valores producidos, del tiempo de cada persona en la forma de servicio civil o militar, y eventualmente, incluso la vida.

Este dominio sobre el trabajo, el tiempo y el cuerpo provoca todas las formas de resistencia, diferenciación y oposición. En el Estado donde toda la población está preocupada por las decisiones políticas, ese inmenso aparato no puede sostenerse más



que si encuentra a todos sus niveles de conformidad. Así, el nacionalismo, tan vigorosamente renovado en el mundo actual, reiterado con abstinación por los aparatos oficiales, no podría considerarse como el lenguaje neutro y unánime de una población. Como en el siglo anterior, pero bajo formas nuevas, no cesa de combatir que el Estado no deja de provocar: los particularismos, los regionalismos y en fin, todo aquello que tiene el riesgo de amenazar a la burocracia oficial y a los inmensos intereses que se encuentran invertidos en ella.

Buscamos igualmente poner en evidencia esta dialéctica que nos parece fundamental en las creaciones y las repeticiones ideológicas, dialéctica en el seno de la cual la ideología se organiza según el conflicto, responde a él, lo reprime o lo orienta. Pero no quisiéramos hacer creer que así aparecería una nueva lógica social comparable a toda otra dialéctica social. Las relaciones que, como hemos visto, comprometen a los sujetos, a las relaciones interindividuales, a las relaciones en el seno de los grupos y las ligas entre las instancias y las instituciones, tienen necesariamente múltiples formas así como repercusiones imprevisibles e irreductibles. Más aún: no se reintroduce, por el rodeo de esta dialéctica, una nueva racionalidad. Las observaciones de Marx según las cuales por medio de la ideología se reintroduce la irracionalidad en la historia, conservan toda su validez. Esto quiere decir que, en efecto, la respuesta ideológica no es necesariamente equivalente y adecuada a la amenaza del conflicto; en la respuesta se introduce también la imagen del conflicto y en ocasiones incluso la representación delirante de un enemigo imaginario.

Notas

¹ Stark, W., *The sociology of knowledge*, London, Routledge and Kegan Paul, 1958.

² Proudhon, P. J., *De la capacité politique des classes ouvrières* (1865), París, M. Rivière, 1924.

³ Marx, K., *Le 18 Brumaire*, París, Editions Sociales, 1969.

⁴ Goldmann, L., *Le dieu caché*, París, Gallimard, 1955.

⁵ Williams, R. M., *The reduction of intergroup tensions*, Nueva York, E.E.UU., 1947.

⁶ Balandier, G., *Antropo-logiques*, París, P.U.F., 1974.

⁷ Althusser, L., "Idéologie et appareils idéologiques d'État", *La Pensée*, París, No. 151, VI/1970.

⁸ Reich, W., *Psychologie de masse du fascisme*, París, Payot, 1972.

⁹ Freud, S., *Psychologie collective et analyse du moi. Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1963.

¹⁰ Freud, S., *L'avenir d'une illusion*, París, P.U.F., 1971.

¹¹ Deconchy, J. P., *L'orthodoxie religieuse, essai de logique psychosociale*, París, Les Editions Ouvrières, 1971.